

## III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

SEILER, MARK ANDREAS: ΠΟΙΗΣΙΣ ΠΟΙΗΣΕΩΣ. *Alexandrinische Dichtung κατὰ λεπτόν in strukturaler und humanetologischer Deutung*. Stuttgart-Leipzig, B.G. Teubner, 1997. 263 pp.

El tema de las relaciones entre los textos poéticos helenísticos, y en particular los alejandrinos, parece inagotable. El hallazgo de nuevos fragmentos y (o) la reubicación de otros ya conocidos basta para provocar nuevas propuestas en este sentido. Hace pocos años A. Cameron reabría la cuestión en un libro aún más voluminoso que el que comentamos, y ahora aparece éste de Seiler, también ambicioso y sobre todo osado. Y a la vez prosigue el flujo de artículos que insisten en esas interpretaciones metapoéticas, que en muchas ocasiones no son sino ocurrencias con muy escasas bases. Incluso hay quienes, sin una larga experiencia en este difícil terreno, se lanzan a esta maraña filológica con vehemencia y juvenil atrevimiento. Éste es el caso de Seiler. Si Cameron era en el momento de publicar su libro un veterano estudioso, si bien más probado en los textos imperiales que en los alejandrinos, Seiler nos ofrece como audaz primicia esta edición de su *Dissertation* de la Universidad de Zürich (1995-1996), bajo la sabia tutela de W. Burkert, el cual tampoco se mueve, por cierto, en su medio más habitual. No sabemos hasta qué punto esta edición está reelaborada respecto al original, pero creemos que una vez más se cumple la regla de que la inmediata publicación de una tesis es un riesgo del que pocas de éstas salen bien paradas. Las tesis, si se plantea su publicación, requieren no sólo la debida reelaboración, sino también un cierto plazo para que sus ideas sean repensadas.

Seiler, sabedor sin duda de las dificultades del tema, trata de afinar cuidadosamente sus armas metodológicas. La intertextualidad y la semiótica son sus pilares teóricos, si bien no es aquí la terminología un problema para el lector, aunque en alguna ocasión aparezcan conceptos como Decodierung y Dekonstruktion, la verdad es que no con clara justificación, de suerte que el autor parece olvidarse pronto de ellos, sin que el lector deba lamentarlo. En el fondo estamos ante un simple y tradicional análisis del nivel alusivo o mimético, si bien la entidad de sus hallazgos más de una vez tiene una escasa solidez. El punto de partida, perfectamente asumible y asumido por todos, es que la producción poética del ámbito del Museo alejandrino se alimentó densamente durante decenios no ya sólo de la tradición poética sino también de sí misma. El problema está en señalar con razones de cierto peso y aceptables por otros no ya los mecanismos de esta labor metapoética, que fueron catalogados por Pasquali, sino los materiales concretos. No se puede pedir, en este ámbito pleno de sutilezas, que las interrelaciones se demuestren con argumentos de probada objetividad: la poesía no funciona así, y menos esta poesía tan elaborada e hiperculta. Pero sí se puede reclamar que no se recurra a pruebas de valor tan endeble como las que aquí con demasiada frecuencia se aportan. La acumulación de ellas no sirve tampoco de demostración. La cuestión reside, si no ya en dar con demostraciones objetivas, sí al menos con propuestas asumibles por convincentes y razonables. La sutileza de los materiales manejados no debe ser un argumento que justifique la volatilidad de las propuestas. Y es que éste es un ámbito muy propicio para que filólogos no ya agudos sino imaginativos, y a veces simplemente fantasiosos, publiquen páginas que apenas resisten un mínimo examen. Y el lector puede hacerse

cargo de inmediato de lo que queremos decir cuando, en las pp. 4-19, ve cómo Seiler, que ofrece ahí un repertorio de ejemplos a título metodológico, se desliza fácilmente de un nivel razonable a otros que lo son mucho menos.

Son diversos los textos examinados. Desde la p. 111 se estudian varias obras y pasajes teocriteos (*Idilios* 7 y 11, y 1.32-54) en función de la concepción estética de Calímaco, un espacio éste más trillado y en el que nuestras discrepancias son menores. Pero las páginas sin la menor duda con más pretensiones de novedad son 29-110, en las que Seiler confronta el *Id.* 25, tan problemático en fecha y autoría, sobre todo con la actual y también polémica reconstrucción de la que P. J. Parsons bautizara como *Victoria Berenices*, es decir, la suma de textos que hoy se sitúa en el inicio del libro tercero de *Aetia*. El punto de partida está en una observación de Parsons (*ZPE* 25, p. 44), que a su vez tuvo ya un antecedente en Pfeiffer, en el sentido de que el texto supuestamente teocriteo mostraría ecos del calimaqueo, pero no dependería en absoluto de éste en la organización de su relato. A. Kurz en su *Le Corpus Theocriteum et Homère* (Berna, 1982, p. 10) incluso pone en duda tales ecos. Pues bien, Seiler convierte la vaga propuesta de Parsons de la distancia, no imaginablemente intencionada, entre la redacción del *Id.* 25 y la *Victoria* en una tesis positiva: aquél es una especie de muy intencionada réplica de ésta. Y este carácter y esta intención serían perceptibles en muy diversos momentos y en la organización misma del texto y de la narración. De este modo tenemos servido, con nuevos materiales, el retorno a la vieja tesis de las dos concepciones épicas del Helenismo, que creíamos ya afortunadamente en franco retroceso. No podemos por supuesto seguir aquí los detalles del análisis y las ramificaciones textuales a que le lleva su indagación. Ésta se nos ofrece a nuestro juicio un tanto dispersa, lo que juega contra la pretendida concreción. Hay algunas páginas sin duda más convincentes y que progresan más allá del rápido vistazo de Kurz, pero otras no convencen en modo alguno y resultan, para el lector, en detrimento de aquéllas. Por ejemplo, ver en *Id.* 25.155s. una toma de postura programática (pp. 34-37), o (pp. 90s.) en vv. 1s. una clara e intencionada dependencia del fr. 259.15s. (*SH*) o, por dejar la *Victoria*, en v. 16 otra alusión al célebre prólogo calimaqueo (1.33 Pf.), no ya no contribuye a la plausibilidad de la tesis de Seiler, sino que más bien pone en guardia contra el resto de los paralelos alegados. Los posibles ecos en el nivel del léxico, muy vagos tantas veces, no se refuerzan convincentemente con pretendidos ecos fonéticos. En un ámbito como el épico-elegíaco, tan acotado en este nivel del léxico y las posiciones métricas, es muy arriesgado sacar consecuencias positivas, para colmo, a partir de simples detalles fónicos aislados. La falta de relaciones contextuales es una carga con frecuencia muy gravosa para estas conclusiones.

En fin, la tesis de que el *Id.* 25 posea componentes metapoéticos y, más concretamente, aporte algunas alusiones al texto de la *Victoria Berenices* y a otros pasajes de Calímaco sigue siendo razonable, a pesar de las reservas de Kurz. Y es un mérito de Seiler haber hecho un gran esfuerzo en esta dirección. Pero las pruebas aducidas no son siempre convincentes ni mucho menos, y el alcance que se ha pretendido dar a esa tesis nos parece abusivo. Además, el sentido de esa relación plantea agudos problemas, de los que el autor es plenamente consciente (cf. p. 30). Sin duda un mejor conocimiento de la *Victoria*, aún esperable a través de nuevos hallazgos, podría contribuir a iluminar estos problemas. Hoy estamos sólo ante una propuesta verosímil, siempre que la situemos en un nivel mucho más limitado, pero en este

caso con el apoyo de un análisis en el que no se ha separado convenientemente lo que tiene un valor asumible de lo que es pura ganga imaginativa. Y todavía, a pesar de ser mucho lo que en nuestra opinión debería haberse dejado de lado, echamos en falta alguna referencia (las pocas que hay son de mero detalle) a la relación posible entre la construcción del *Id. 25* y el poema de Apolonio de Rodas. Si se trata de resucitar la vieja teoría de la querella épica y si el *Id. 25* es a la vez, como viene a sostener Seiler, un documento poético con elementos programáticos y una especie de lección práctica del supuesto programa anticalimaqueo, ¿por qué no indagar también la hipotética relación entre este texto y el de Apolonio? Así habríamos llegado hasta las últimas consecuencias de la posición que subyace en este libro. Claro es que abordar esta otra tarea habría acrecentado las páginas del libro y, estamos seguros, al mismo tiempo reducido aún más la ya difícil aceptación de sus propuestas.

Desde el punto de vista de la presentación del material, creemos que algunos apartados, sobre todo los que figuran como apéndices, podrían haberse dejado para una posición aparte y final, puesto que en su lugar no contribuyen a que el lector siga cómodamente el texto. Pero en todo lo demás debemos felicitar al autor por la esmerada elaboración. Los títulos de los capítulos, muy expresivos de sus contenidos, son una ayuda eficaz para el lector, y el aparato de índices es muy cuidadoso.

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

ÁLVAREZ HERNÁNDEZ, ARTURO: *La poética de Propertio (Autobiografía artística del 'Calimaco romano')*. Asís, Accademia Properziana del Subasio, 1997. 336 pp.

El autor de esta monografía es Catedrático de Latín en la Universidad de Mar del Plata (Argentina). El libro es el fruto impreso de su Tesis doctoral, elaborada durante un más que amplio período de tiempo (1984-1995) y defendida en la Universidad de Buenos Aires en marzo de 1996. La investigación conducente a la culminación de la Tesis se vio beneficiada por varias estancias del autor en la universidad de Bari (1993, 1998). Como corolario de esta relación académica del profesor Álvarez Hernández con la universidad italiana, el presente libro aparece publicado dentro de la serie de *Publicazioni dell'Accademia Properziana del Subasio*. Además de esta publicación, conozco del autor un destacable capítulo sobre la influencia de Propertio en Quevedo («Propertio e Quevedo», en G. Catanzaro - F. Santucci (edd.), *A confronto con Propertio (da Petrarca a Pound)*. *Atti del Convegno Internazionale. Assisi, 17-19 maggio 1996*, Asís, 1998, pp. 91-104), trabajo que supera con creces el desenfocado ensayo previo de J. F. Alcina, «Propertio y Quevedo», en L. Ferreres (ed.), *Actes del IXè Simposi de la Secció Catalana de la SEEC*, Barcelona, 1991, vol. I, pp. 307-311. Por su parte, el profesor Paolo Fedeli, sin duda el más profundo conocedor de la obra properziana en el panorama internacional de la Filología Latina (como atestiguan sus comentarios a los cuatro libros de Propertio), ha compuesto un breve prefacio de resumen y valoración del contenido del libro (pp. 7-8).

El tema del libro es la exposición sistemática y detallada de la poética de Propertio, entendida, según el autor, como «el conjunto de ideas sobre la poesía que Propertio manifiesta a

lo largo de su obra» (p. 11). Supongo que el tema merecía un libro, aunque no soy un entusiasta de dedicar tesis y monografías enteras a minucias interpretativas cuando quedan tantos comentarios y ediciones aún por hacer, pero, en fin, no puede negarse que Propercio es el poeta que, entre los romanos, más pasajes de carácter programático y metapoético ha insertado en su obra. La poética properciana toma su origen, como es el caso de otros poetas romanos, en el programa alejandrino y, más específicamente, calimaqueo (es significativo que Propercio se declare el “Calímaco romano” en IV 1, 64). El estudio de los programas poéticos, de carácter calimaqueo, en la poesía romana ha conocido bastante auge en el último tercio del siglo XX, especialmente por influencia de la obra, seminal pero farragosa, de W. Wimmel, *Kallimachos in Rom*, Wiesbaden, 1960. En lo que respecta a Propercio, contábamos con aportaciones parciales sobre su poética, pero limitadas a libros individuales, así que faltaba una monografía de conjunto que estudiara la evolución del programa properciano a lo largo de toda su carrera poética. La principal aportación del autor consiste en que demuestra que el programa poético de Propercio no constituye un sistema unitario, sino que está sujeto a una compleja evolución, desde el libro I al IV, pasando básicamente por tres fases (1ª: libro I; 2ª: libros II-III; 3ª: libro IV). Para demostrar ese aserto, el autor procede por análisis pormenorizados de poemas individuales que presentan contenidos programáticos en cada libro. Así que vayamos por partes.

El capítulo I (pp. 21-88) está dedicado a la poética del libro I, o *Monobiblos*, de Propercio. Según el autor, en este libro Propercio establece como ingrediente clave de su poética la identificación entre la poesía y la vida de amante “elegíaco” (caracterizada por la humillación o *seruitium*). Como exponente de esa concepción, los poemas más claramente programáticos son los del ciclo de Póntico (7, 8, 9), donde el poeta presenta una típica *re-cusatio* calimaquea: se rechaza la poesía épica en favor de la vida-poesía propia del amante elegíaco.

El capítulo II, que versa a su vez sobre el libro II de Propercio, es el más extenso y denso (pp. 89-196). El autor defiende, como cuestión previa, la unidad de este libro II, frente a los intentos de dividirlo en dos que ya se remontan a la edición de Lachmann de 1816 (no estoy yo tan seguro de que el libro II no sea en realidad la confluencia de dos originarios, como últimamente postula de nuevo G. P. Goold, en su excelente y provocativa edición de Propercio, no citada por cierto por Álvarez Hernández, en la Loeb Classical Library (1990)). Aquí el autor postula que ha habido una sutil evolución de la poética properciana, como consecuencia de la adscripción de Propercio al círculo de Mecenas y de la emulación de poetas como Virgilio y Horacio: ahora Propercio, aunque rechazando el género épico en forma de *excusatio* (II 1), pasa por una etapa intermedia de poética, en la que acepta otras modalidades literarias de carácter erótico y de forma elegíaca, pero no dominadas por el *seruitium* que caracterizaba al *Monobiblos*. Esta concepción programática de Propercio como poeta erótico y elegíaco se manifiesta especialmente en la elegía II 12 y suele venir acompañada por la imágen figurada relativa al Helicón (II 13).

Esa misma etapa intermedia del libro II continúa en el libro III, donde se insertan los poemas programáticos más obvios y extensos. El autor, en el capítulo III (pp. 197-264), examina cómo en este libro continúa la imágen “helicónica” del libro II, especialmente en

el ciclo programático de los cinco primeros poemas del libro. En un segundo ciclo, constituido por las elegías 17 y 21-25, asistimos al adiós definitivo de Propercio al *seruitium amoris* que había sido su programa poético-vital en el libro I.

Por fin, el libro IV de Propercio supone la culminación de la evolución de su poética. A esta poética del libro IV el autor la llama de “poesía vática”, en cuanto el poeta se considera un *uates* al servicio de la comunidad. Se expone teóricamente sólo en un poema de Propercio, el primero del libro, que es estudiado extensa y convincentemente por el autor (pp. 270-90). Como es sabido, esta compleja elegía se divide en dos partes aparentemente contradictorias: 1) en la primera (vv. 1-70), el poeta apostrofa a un forastero y le va indicando distintos lugares de Roma, con sugerencia de sus orígenes, para anunciar que esos orígenes serán materia de su canto subsiguiente; 2) en la segunda parte (71-150), el astrólogo Horos reconviene a Propercio, e intenta disuadirlo de su orientación etiológica, para que vuelva a la temática amorosa. Para el autor, no hay contradicción entre ambos discursos programáticos: el primero prelude las elegías etiológicas del libro (2, 4, 6, 9 y 10), y el segundo presenta las elegías de temática erótica (3, 5, 7, 8 y 11). Ahora bien, ambas series serían manifestaciones solidarias, no contradictorias, de una poética evolucionada, que se sitúa en un término intermedio entre la epopeya heroica y la poesía amorosa de *seruitium*. Y esa poética intermedia se manifestaría prácticamente en las citadas dos series: una, de temática etiológica (que es una forma menor de la epopeya); y, la otra, de temática erótica, pero elevada, heroizada.

El libro se cierra con un capítulo a manera de conclusión (pp. 307-311), en que se resume la evolución del programa poético properciano y se presenta su poética como una autobiografía artística.

Sigue una extensa bibliografía (pp. 313-322), que da cuenta de la amplísima base doctrinal que ha servido como apoyo a la investigación. Echo de menos, no obstante, además de la edición antes citada de Goold, el completo resumen sobre la recepción de Calimaco en la poesía romana debido a G. O. Hutchinson, *Hellenistic poetry*, Oxford, 1988, pp. 277-354, con bibliografía crítica en pp. 360-61. También le habría servido al autor, al hilo de su capítulo I sobre la identificación vida-poesía en el *Monobiblos* properciano, el ameno artículo de A. Ramírez de Verger, «El *otium* de los elegíacos: una forma heterodoxa de vida», en F. Gascó - J. Alvar (edd.), *Heterodoxos, reformadores y marginados en la Antigüedad Clásica*, Sevilla, 1991, pp. 59-70. Por otro lado, el presente libro no aborda la recepción ulterior de la temática programática, pero no está de más recordar aquí el interesante artículo de J. G. Montes Cala sobre el motivo de la *recusatio* en Fernando de Herrera y su ascendencia clásica (frecuentemente, properciana): «Del tópico grecolatino de la *recusatio* en la poesía de Fernando de Herrera», *Criticón* 75, 1999, pp. 5-27. En fin, ausencias de detalle que en nada desdican del mérito global del libro, cuya utilidad queda redondeada por un minucioso «Índice de pasajes citados» (pp. 323-330) y un selecto, pero útil, «Índice de temas» (pp. 331-333). En cuanto a la forma expositiva del libro, en general es discursiva y densa, en ocasiones un tanto trabajosa de seguir. En todo caso, doy por bueno el *πάθει μάθος* y, como valoración final, reconozco que compensa el esfuerzo que exige la lectura del libro.

PFEIJFFER, ILJA LEONARD: *First Person Futures in Pindar*. Stuttgart, F. Steiner, 1999. 105 pp.

Las *Olimpicas* 10 y 11 de Píndaro están dedicadas a Hagesídamo de Locros Epizefirios (“occidentales”) en Calabria, y celebran su victoria en el pugilato infantil de los juegos olímpicos del 476 a.C. La *Olimpica* 10 es una compleja oda de unos cien versos, y la 11 es un breve poema de veinte. Los versos 11-14 del poema más breve dicen: «sábeto ahora, hijo de Arquéstrato, Hagesídamo, en honor de tu pugilato, sobre la corona de áureo olivo yo entonaré (κελαδήσω) el ornato de un dulce canto como honra para el linaje de los locrios occidentales». Según la interpretación tradicional (que remonta a Boeckh, cf. también B. L. Gildersleeve, *Pindar, Olympian and Pythian Odes*, reimpr. Amsterdam, 1965, pp. 212 ss.), estos versos y, en particular, el futuro κελαδήσω anuncian otra celebración, para la que habría sido compuesto el poema más largo, que es la *Olimpica* 10, y del que la *Olimpica* 11 habría sido un anticipo. Píndaro asistió en persona a los juegos del 476 y compuso la *Olimpica* 1 en honor de Hierón, y la 2 en honor de Terón, para celebrar sus victorias en la carrera de caballos y en la de carros, respectivamente. La *Olimpica* 11 habría sido compuesta por Píndaro, quizá en la propia Olimpia, y la 10 más tarde, para la celebración ulterior en Locros Epizefirios. Los versos iniciales de la *Olimpica* 10, en los que el poeta parece reconocer haber olvidado su compromiso de componer una oda (γλυκὸν γὰρ αὐτῷ μέλος ὀφείλων ἐπιέλαθ') y se disculpa por la demora (ὁ μέλλων χρόνος ἐμὸν καταίσχυνε βαθὺ χρέος) apoyarían esta interpretación.

Contra esta interpretación tradicional, E. L. Bundy – *Studia Pindarica I. The Eleventh Olympian Ode*, Berkeley-Los Ángeles, 1962 (reimpr. 1986), pp. 21 s. – sostuvo que el uso de futuro de indicativo en primera persona nunca se refiere a un momento posterior a la propia oda, hecho que sería una convención del estilo encomiástico. En efecto, el contenido del verbo expresado por el futuro en primera persona es cumplido con frecuencia con la mera enunciación, como en *prometeré* equivalente a *prometo*. Bundy supuso que la primera persona de futuro es usada por Píndaro para referirse a un futuro que nunca excede el tiempo al que se refiere el fin de la oda. Este supuesto uso de la primera persona de futuro fue llamado “encomiástico”. El argumento crucial es el uso de τόκος, ‘interés’, en el verso 9 de la *Olimpica* 10 (ὅμως δὲ λύσαι δυνατὸς ὄξειαν ἐπιμοφᾶν τόκος θνατῶν, “sin embargo el pago con interés es capaz de disolver el agudo reproche de los mortales”), y en las inscripciones inicial y final de los escolios a la *Olimpica* 11, que dan a entender que este poema es un τόκος, lo que indicaría que la *Olimpica* 10 es el pago de Píndaro a Hagesídamo, y la 11 es el interés por la demora. Si esto es así, κελαδήσω del verso 14 de la *Olimpica* 11 se referiría al momento en que ambas odas fueron cantadas en la misma celebración, no a un futuro posterior.

Buena parte de la bibliografía posterior a Bundy aceptó su interpretación, ofreció explicaciones del fenómeno y adujo ejemplos en otros autores. Pocos discutieron la sugerencia de Bundy. La bibliografía publicada en España, que Pfeijffer no cita a este respecto, no ha tomado en consideración la hipótesis de Bundy. M. Fernández-Galiano, en la

introducción a la *Olímpica* 11 de su edición (*Píndaro, Olímpicas*, Madrid, 1956, reimpr. 1994, p. 289), señala que «esta opinión resulta poco probable ... ¿Qué finalidad puede tener el enviar dos himnos para la misma fiesta?». De las traducciones recientes, P. Bádenas de la Peña y A. Bernabé Pajares traducen κελαδήσω “voy a entonar” (*Píndaro, Epinicios*, Madrid, 1984, p. 94); E. Suárez de la Torre, “añadiré a tu corona de áureo olivo el adorno grato de mi canto melodioso” (*Píndaro, Obra completa*, Madrid, 1988, p. 127); A. Ortega, “quiero añadir con mi himno dulcisono atavío” (*Píndaro, Odas y fragmentos*, Madrid, 1984, p. 126); J. Alsina, “añadiré a tu corona de áureo olivo” (*Píndaro, Epinicios*, Barcelona, 1988).

El libro de Pfeijffer repasa la bibliografía (pp. 11-17) y examina el uso de la primera persona de futuro en Píndaro. El estudio está dividido en dos capítulos, que tratan respectivamente de los futuros que se refieren a un momento posterior dentro del poema (pp. 19-43) y de los referidos a un momento posterior al poema (pp. 45-69). En éstos, a su vez, el futuro se refiere a un momento posterior a la oda, que es específico o no. En las páginas 61-65 Pfeijffer estudia la *Olímpica* 11 y expone razones a favor de que κελαδήσω se refiera al futuro específico en que el poema será cantado en la celebración que tendrá lugar en la patria de Hagesidamo.

La conclusión de Pfeijffer es que los futuros en Píndaro no registran usos diferentes de los futuros en otros autores griegos clásicos: la mayoría de los futuros en primera persona se refiere a un momento posterior situado durante el canto de la oda; un pequeño grupo se refiere al conjunto de la oda y crea la ilusión de que el canto de la misma no ha comenzado aún; y en unos pocos ejemplos el futuro se refiere a un futuro posterior al fin de la oda, específico o no. No hay futuros referidos al presente.

El libro termina con un apéndice (pp. 69-75) sobre el uso de la primera persona de futuro en el idilio 2 de Teócrito y en los textos mágicos. Se añaden una amplia bibliografía (pp. 77-92) e índices de los testimonios de la primera persona de futuro en Píndaro (pp. 93-95), de los pasajes estudiados (pp. 97-100), de los estudiosos citados (pp. 101-102) y general (pp. 103-105).

El examen de los ejemplos es ponderado, y la conclusión convincente.

EMILIO CRESPO

LÓPEZ, A. - POCIÑA, A.: *Estudios sobre comedia romana*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2000, 408 pp.

La dilatada y fructífera trayectoria investigadora de los Profesores Aurora López y Andrés Pociña en torno al género dramático latino tiene en este volumen su más justo colofón, pues en él se recopilan algunos de sus más conocidos y citados trabajos sobre comedia romana que han ido apareciendo, desde mediados los años setenta hasta hoy, en diversas revistas y publicaciones colectivas de ámbito nacional e internacional. Es, pues, una excelente oportunidad para tener a la vista, gracias a la ordenación lógica que se ofrece de todo este material, las aportaciones más significativas de ambos estudiosos sobre el género

cómico y su doble realización en Roma bajo las formas de la *fabula palliata* y de la *fabula togata*.

En estos tres apartados se divide, en consecuencia, el grueso de trabajos aquí recogidos (que suman un total de veintiuno, aparte de la bibliografía final) y, asimismo, en cada uno de ellos éstos aparecen dispuestos en función de la visión general o restrictiva del aspecto tratado, yéndose de lo más general a lo más concreto y saltándose a veces incluso los márgenes del hecho teatral romano para ofrecer una valoración de su repercusión filológica en la posteridad. Como hemos indicado, el presente volumen es en realidad una recopilación de trabajos ya publicados y es por ello por lo que, a nuestro juicio, hubiera sido conveniente y útil indicar siempre su exacta procedencia -algo que a veces queda señalado o insinuado en las líneas iniciales de cada aportación-, sobre todo si tenemos en cuenta que la relación bibliográfica final no recoge la totalidad de los artículos que aquí se contienen (así, p.e., el que A. López dedica al sentido de “amar” en Plauto y Séneca -aparecido en *Emerita* 31 [1980] 313-341, pero parece que revisado con posterioridad a 1998- o el que A. Pociña dedica a la influencia de Menandro en la comedia latina -publicado en el volumen conjunto sobre *La comedia griega y su influencia en la literatura española*, Madrid 1998-). Con todo, esto no es óbice para recibir con agrado un libro que pone en manos del lector un abanico suficientemente amplio y sugerente de aproximaciones a la comedia latina sin ceñirse con exclusividad al texto literario del género y dando generosa acogida a las cuestiones del texto escénico y de los signos dramáticos y al hecho mismo de la representación teatral, tanto en su reconstrucción arqueológica como en su puesta en escena actual.

El primero de los apartados del libro recoge ocho trabajos que abordan de manera general algunas cuestiones que caracterizan el género cómico latino y lo individualizan con respecto a la comedia griega (los recursos dramáticos propios, el léxico, la aparición de los dioses en los subgéneros de la *atellana* y la *togata*, el éxito de que gozó la comedia latina en sus inicios o la incidencia de Menandro en Roma), así como los problemas que este género plantea a la hora de abordar la edición de los fragmentos de los cómicos latinos -para lo cual la autora propone una serie de soluciones a la luz de su edición de los *Fabularum togatarum fragmenta*, Salamanca 1983- y a la hora de traducir -y adaptar- el texto de la comedia de cara a su lectura y a su representación, esto es, como texto literario y como texto dramático. El segundo bloque de trabajos se centra con más detalle en la *palliata*, dedicándose la mayor parte de los también ocho estudios que aquí se contienen a comentar con detalle algunos aspectos significativos de la obra plautina -aunque también hay un artículo dedicado a Cecilio Estacio y dos más al *Eunuchus* terenciano-, tales como el intento de demostración de que en el sarsinate no hay, salvo la excepción del *Curculio*, atisbo alguno de crítica social, o como los apuntes que pretenden delimitar los signos dramáticos de la *Aulularia* a través de su texto literario. Por último, el tercer apartado da acogida a cinco estudios que perfilan el concepto y contenido de la *fabula togata* prestándose especial atención a la cuestión de su denominación y a su origen y desarrollo en Roma (desde Titinio hasta Lucio Afranio), así como a las publicaciones más significativas y esclarecedoras que sobre este subgénero cómico han aparecido en aproximadamente el último cuarto de nuestro siglo XX. A estos tres bloques les sigue una bibliografía que recoge en esencia el volumen de trabajos citados en

esta veintena de artículos y que está convenientemente actualizada hasta el día de la fecha.

El libro, en suma, resulta muy representativo de la importante labor que sus autores han desarrollado en el ámbito del teatro romano y ofrece, como dijimos al principio, aspectos también muy dignos de tener en cuenta a la hora de enfrentarse, en particular, a la comedia romana y, más en concreto, al texto de Plauto. Aquí, al igual que en otras publicaciones no recogidas en este volumen, los autores aciertan a proponer soluciones a problemas consagrados en la crítica dramática latina y a abrir nuevas vías de estudio y aproximación al hecho teatral romano que ya, por la venerabilidad de algunos de los artículos que se presentan, están plenamente asentadas y reconocidas por todos.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

AMATO, EUGENIO: *Un aspetto della polemica antiepicurea in età imperiale: Dione Crisostomo, Lucrezio e la teoria della generazione spontanea*, Quaderni di Filologia Classica (Ἑπομνήματα, 2). Salerno, Helios Editrice, 1999, 33 pp.

Esta contribución se basa en dos textos de otros tantos autores que manifiestan dos puntos de vista de otras tantas visiones antropológicas y filosóficas diferentes. Los dos autores son Lucrecio y Dión de Prusa, llamado Crisóstomo. Amato se concentra en un pasaje del libro V de *De rerum natura* del primero, concretamente en los versos 805-825, en los que el poeta latino, transmisor para la latinidad de la filosofía epicúrea, narra cómo en los tiempos primigenios el género humano surgió de la tierra a partir de unos úteros enraizados en aquélla, y fueron alimentados, amamantados, por la madre Tierra mediante un suero parecido a la leche que les llegaba a través de conductos subterráneos; después surgirían los cuadrúpedos y las aves. El texto del de Prusa consiste en un pasaje del *Discurso Olímpico*, el XII (§§ 29, 30 y 31), que relata los comienzos del género humano, nutrido y custodiado por la divinidad, que se desarrolla en dos fases de crecimiento, caracterizadas por dos modos de alimentación: el primero a base de «un pasto hecho de tierra ... blando y fecundo»; el segundo, «compuesto de frutos espontáneos, tierna hierba junto con rocío y frescas aguas de manantial de las Ninfas» (extractos de la traducción del autor).

El motivo del estudio de Amato es comprobar hasta qué punto el texto de Lucrecio forma parte de una ciencia-ficción elaborada a base de teorías filosóficas y biológicas griegas, en una suerte de eclecticismo que se alejaría notablemente de la doctrina epicúrea; además, se trataría de ver si el pasaje es una descripción imaginativa de los comienzos de la vida sobre la Tierra o bien fue concebido para atacar la teoría antropocéntrica de los estoicos, considerados los principales adversarios filosóficos de los epicúreos.

Amato reproduce los textos originales (latino y griego) de los dos autores, extraídos de las principales ediciones de ambos; añade una traducción italiana elegante, fresca y bastante literal, como aquéllas a las que nos tiene acostumbrados de otros trabajos suyos. Sin embargo, al igual que sucede en otros trabajos suyos, Amato ofrece como apoyo a su explicación textos suplementarios en griego y latín que no traduce, con ser bastante largos.

El centro del trabajo de Amato lo constituye la investigación sobre las fuentes del pensamiento filosófico vertido en los dos textos ofrecidos. Amato retoma el hilo de la narración de Dión para resumir el *Discurso Olímpico* desde el comienzo. Sin embargo, se centra en el pasaje ya mencionado, en el que ve un ataque a la filosofía epicúrea. En efecto, los estoicos eran providencialistas, defendían la presencia de lo divino en la naturaleza y su cuidado por los hombres. En cambio, los epicúreos, como es sabido, eran abiertamente agnósticos. Los dioses, si existían, estaban del todo desligados de la historia de la humanidad y de la naturaleza, que vagaba por el espacio infinito sin ninguna guía. En una ácida invectiva contra la doctrina epicúrea, Dión rechaza que los epicúreos despreciaran la divinidad para fabricarse un demonio malvado, divinidad femenina hecha de ocio y prepotencia, al que llaman placer (ἡδονή). La narración de los primeros hombres nutridos por los dioses (que son progenitores, προπάτορες, tal como figura en el texto dioneo seleccionado por Amato) estaba concebida para criticar el ateísmo práctico de los epicúreos. Incluso, según los postulados de los estoicos, el alma tomaba su nombre (ψυχή) de la refrigeración vital provista por la divinidad al hombre, que le hace un ser vivo.

Pero en lo que Amato se detiene más es en el modo como el ser vivo es creado por la naturaleza. Para los griegos el comienzo del hombre era hasta tal punto un misterio, que sostenían que los primeros seres tuvieron que surgir de la tierra. Antes de su nacimiento, el hombre formaba parte de la tierra, al igual que el feto no es un ser animado, sino una porción del vientre de la madre, de modo semejante a lo que analógicamente les sucede a los frutos de las plantas. Es ésta una analogía que también forma parte del pensamiento de los presocráticos, los Platón y peripatéticos, a excepción de Aristóteles, que rechaza la idea de que la tierra pudiera dar a luz hombres, ni siquiera amamantarlos. Lucrecio incluye esa teoría analógica de la generación de las plantas, aunque, para él, los hombres surgen no directamente de la tierra, sino de unas matrices arraigadas en ella. Se pregunta Amato si Lucrecio se ha inspirado en la teoría analógica tradicional o si ha extraído sus consideraciones de textos epicúreos perdidos. En las siguientes páginas, el especialista italiano se da a la búsqueda de los antecedentes de la teoría de Lucrecio sobre el surgimiento de los hombres sobre la tierra, y así intenta ponerlo en relación con Varrón, con Demócrito, con Empédocles; en definitiva, no queda totalmente asegurado que Lucrecio se inspirase en Epicuro o lo estuviera citando en *Rer. nat.* 5.805-825. No obstante, sí le parece a Amato probable que Lucrecio estuviera utilizando este material, aunque no procediese de Epicuro, para atacar tanto a los estoicos como a los sucesores de Platón y Aristóteles. A propósito, es en esta sección de la contribución de Amato donde se detecta el uso más frecuente a la bibliografía moderna, de tal modo que en algunas páginas las notas al texto superan las de la propia exposición.

Amato concluye en la índole espiritualista y providencialista del texto de Dión de Prusa, así como en el materialismo del de Lucrecio, basado en la *necessitas*; éste parece hacer frente al antropocentrismo de los estoicos y al providencialismo de las corrientes platónico-aristotélicas. El poeta latino, además, no duda en usar argumentos no documentados en el pensamiento epicúreo. En opinión de Amato, queda claro tanto la naturaleza no estrictamente epicúrea de la teoría expuesta en *De rerum natura*, como el hecho de que Dión, que parece

seguir la doctrina estoica en su *Discurso Olímpico*, no ha intentado polemizar contra Lucrecio. En efecto, el ataque al epicureísmo por parte de Dión tiene lugar en párrafos posteriores al arriba expuesto, pero la crítica no se extiende a la doctrina de la generación espontánea. En realidad, el hecho de que Dión no cite a Lucrecio ni intente rebatir dicha doctrina sería un ulterior indicio del cierto alejamiento de la filosofía epicúrea que se daba en el texto lucreciano.

Aparte del recurso a estas dos fuentes de pensamiento, Lucrecio y Dión, Amato aporta otros testimonios que ayudan a sostener sus tesis (en sólo dos páginas, por ejemplo, 18 y 19, vemos citados a Pseudo-Aristóteles, Teofrasto, textos de la escuela estoica, Cicerón, Plutarco, Galeno y Pseudo Galeno, Sexto Empírico, Diógenes Laercio y Clemente de Alejandría) si bien lo que más resalta en su contribución es la profusa bibliografía atinente al tema del trabajo. Una vez más se hace patente la facilidad que halla este especialista italiano en la búsqueda y presentación de estudios de todo tipo dentro del ámbito del pensamiento. Como es conocido, es un gran estudioso de este ámbito, y en particular, de la obra de Dión Crisóstomo.

Al final de la obra, se añaden unos pasajes extraídos de Plutarco que Amato desea comentar, sobre todo para corregir sus lecturas en algunos puntos. Este apéndice recibe el título de «*Disiecta membra* II (Note in margine a due recenti edizioni di Plutarco). Los «*Disiecta membra* I» formaban parte de las contribuciones hechas con motivo de los treinta y cinco años de la fundación del Liceo Classico “F. de Sanctis” de Salerno. En concreto, se trata de cinco pasajes pertenecientes a dos tratados plutarqueos de los *Moralia*: *De fortuna* (98E y 98F) y *De vitioso pudore* (528F, 529A y 530E). Las dos ediciones (bilingües) de Plutarco a las que Amato hace alusión en este apéndice son las de A. Barigazzi, (*La fortuna. Se la virtù si debba insegnare*. Nápoles, 1993) y P. Volpe Cacciatore, (*L'eccezionale arrendevolezza*, Nápoles, 1994). Amato presenta sus propuestas de lectura de dichos pasajes, en general admitiendo las *lectiones* de los códices. El número de erratas, que en el resto de la obra es muy bajo, se incrementa en este apéndice, en especial en la transcripción griega de los textos.

JORGE MARTÍNEZ DE TEJADA GARAIZÁBAL

DORATI, MARCO: *Le Storie di Erodoto: etnografia e racconto*. Pisa-Roma, IEPI, 2000. 236 pp.

Este libro, según el autor un desarrollo de su tesis doctoral, se divide, aparte de la «Premessa» y la «Introduzione», en cuatro epígrafes mayores («Erodoto e le pubbliche letture», «Le rubriche dell'etnografia erodotea», «L'etnografia nelle sezioni descrittive», «L'etnografia nelle sezioni narrative») más cuarenta páginas de bibliografía y dos índices, uno de nombres antiguos y otro de lugares citados.

Como se desprende del título, uno de los propósitos de la obra es mostrar como son presentados los diferentes pueblos desde el punto de vista de un Heródoto todavía en el filo entre literatura oral y escrita, entre poesía e historiografía, entre poesía y etnografía. Las variadas alternativas de este equilibrio inestable resultan fundamentales a la hora de estudiar

y describir la cuestión etnográfica.

Dorati presenta un Herodoto próximo a la figura del sofista. Los sofistas están también entre el mundo oral y los principios del tratado escrito. Igual que ellos, parece que el historiador, ofreció conocimientos a cambio de remuneración, cuestión que suscitó escándalo en su momento. Pero muy especialmente, como varios de los sofistas (y echamos de menos aquí una mención a Protágoras), Heródoto cree en la relatividad del νόμος (entendiendo así correctamente Dorati la famosa frase νόμος ὁ πάντων βασιλεύς de Píndaro). Pero, según el autor, Heródoto no sigue en su práctica literaria ese convencimiento ni piensa que sea la posición dominante de los que le escucharon en su momento.

Dorati dedica gran parte de su estudio a la cuestión de si Heródoto dió lecturas públicas (o más bien conferencias orales) en las que exponía sus *Historias*. Aunque no hay testimonios directos de ello, en Sófocles hay huellas que hacen pensar en una audición directa de Heródoto; en el caso de Tucídides (contrapuesto a Heródoto a lo largo de varias páginas), esas conferencias fueron definitivas para decidir su vocación histórica. Por ello, y por otros testimonios (tales como un análisis interno del discurso, un poco somero), Dorati considera posibles estas conferencias públicas, afirmando que hay casi total desconocimiento de la modalidad de divulgación de los predecesores de Heródoto. Creemos, sin embargo, que en este sentido hay algún testimonio particularmente importante, como el τάδε γράφω de Hecateo en su primer fragmento.

Según Dorati, estas eventuales conferencias debieron ser escuchadas por un público bastante amplio, que asistiría a ellas como a una ejecución rapsódica o teatral, en la que él, indudablemente precedido de un enorme prestigio, producía con sus *Historias* emoción y encanto, en forma parecida a la que reconocía Gorgias para el arte de la palabra. Opina el autor que en cualquier caso la fase “oral” se daría solamente mientras las *Historias* estaban *in fieri*. Ello revela un gran optimismo en lo que se refiere a la existencia de “ediciones” en aquel tiempo absolutamente cerradas y acabadas, que excluirían la versión oral.

¿Hasta que punto condiciona esta forma de difusión del conocimiento la presentación de pueblos “diferentes” a los griegos? También con gran optimismo, opina que la etnografía antigua no es una ciencia aséptica: habría que pensar si alguna vez lo ha sido o si aún hoy lo es.

Dorati trata de crear un protocolo de la presentación de los rasgos étnográficos intentando diseñar un espectro del primitivismo frente al mundo griego: así, en lo referente a la alimentación, si la comida es a base de cereal o cocinada, Heródoto pensaba que se ha subido un escalón de progreso; sigue en lo referente a la bebida un pueblo no conoce el vino, hay proximidad a la barbarie; sigue con el vestido, peinado, aspecto físico, etc. Posiblemente se podrían haber organizado estos apartados de forma más ordenada. Algunos son poco relevantes, como el aspecto físico, pero otros son muy complejos, amplios y distintivos. Dorati se da cuenta de que la lengua tiene una posición muy particular en esta relación: por un lado permite adentrarse (en el experimento de Psamético) en una “arqueología” de los diferentes pueblos, casi un paralelo a las gradaciones primitivismo-civilización, que tanto parecen interesar a Dorati. Por otro, la lengua es a veces un rasgo irrelevante: cuando hablan entre sí pueblos diferentes se prescinde del hecho de que se utilicen lenguas diferentes o de que en medio debe existir un intérprete. Se trata de una convención narrativa en la que Heródoto sigue a la épica. Sin embargo, señala Dorati, cuando se habla de la corte persa sí se

mencionan intérpretes. Creemos que no solo se trata de impresionar con el fasto de la corte, sino que a Heródoto le llama la atención el interés, casi institucional, de los persas por las diferentes lenguas (recordemos también, las estelas en griego y asirio levantadas por Darío tras el paso del Bósforo con los nombres de todos los pueblos de su ejército) así como también por la cartografía, lo que revela rasgos de “modernidad” de un pueblo que aspiraba a controlar un amplísimo y variopinto estado.

La religión está en una posición semejante: Heródoto, como Homero, no ve diferencias sustanciales entre las religiones griega y de otros pueblos, aunque según Dorati, sí en los cultos. Tal vez en relación con las lenguas y las religiones de pueblos como los lidios o los persas, Heródoto y sus contemporáneos no veían diferencias tan grandes como puede parecernos hoy día. Frente a este mundo, Egipto y sobre todo sus costumbres funerarias tiene un lugar netamente diferenciado.

Echamos de menos en la obra un análisis, semántico, previo: ¿Como se define lo extranjero y lo bárbaro? ¿Cuándo hay denominaciones de pueblos en plural y cuándo tienen una denominación local? ¿Cuales de ellos son ἔθνεα, y cuál es su diferencia con φύλη, p. ej.? ¿Por qué hay pueblos sin “etnografía”: puede ser (y recordemos aquí al desaparecido Nenci), como cuando se refiere a algunos de occidente, por escaso conocimiento. Pero Dorati señala precisamente el caso de los griegos, de los que Heródoto no considera diseñar una etnografía, salvo en cierta medida de los espartanos.

Dorati ve en la descripción un nivel “odológico”, de viaje horizontal que articula en sus apartados descriptivo y narrativo. Sin embargo, pensamos que es precisamente el gran viaje de infinitos pueblos hacia Grecia, en las Guerras Médicas, en el que Dorati ve sólo un «blocco compatto di indistinti barbari», lo que va a definir para el futuro la barbarie y la extranjería desde el punto de vista de los griegos.

ELVIRA GANGUTIA

#### IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

HIDALGO DE LA VEGA, M<sup>a</sup>. J. – SAYAS ABENGOECHEA, J.J. – ROLDÁN HERVÁS, J.M., *Historia de la Grecia antigua*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998. 489 pp.

Dentro de la *Historia Salamanca de la Antigüedad*, dirigida por José Manuel Roldán Hervás, se publica ahora un segundo volumen, tras la *Historia de Roma*, editada en 1995, redactada por el mismo director de la colección. Éste se encarga además de la tercera parte de la nueva obra, «El mundo helenístico», mientras que J.J. Sayas se encarga de «La Grecia clásica» y M<sup>a</sup> J. Hidalgo de la «Grecia arcaica». La reciente aparición de los nuevos planes de estudio universitarios ha llevado a muchos profesores a plantearse una vez más las necesidades bibliográficas de los alumnos, lo que constituye sólo una parte de la justificación de este nuevo manual. En otro plano, más profundo, se halla la convicción de todo historiador de que siempre es posible aportar una nueva visión de los temas globales, nunca agotados a

pesar de la reciente proliferación de estas publicaciones en España, hechas por profesores españoles, tras una larga etapa en que los alumnos más bien se veían obligados a usar traducciones de manuales extranjeros. Finalmente, también constituye sin duda un factor añadido la política editorial, que ahora suele preferir traducir obras monográficas de autores extranjeros consagrados y dedicar el esfuerzo de los españoles a la redacción de manuales.

La división del libro viene a ser la tradicional y generalmente admitida de Arcaísmo, Clasicismo y Helenismo, heredera de la Historia del Arte. Destacan algunas matizaciones, en relación con las divisiones más frecuentes. Por un lado, se incluye un capítulo previo sobre «La civilización egea», período controvertido a ese respecto, pues algunos prefieren considerarlo como una parte de la etapa protohistórica, paralela al resto de la Edad del Bronce mediterránea, donde adquiriría todo su sentido. Sin duda, apoyar en ella el arcaísmo, como historia material y como referencia ideológica, es también un acierto desde el punto de vista de la comprensión general de la Historia de Grecia. Igualmente, hay quien prefiere incluir las Guerras Médicas en el arcaísmo, en la idea de que sólo a partir de su finalización aparecen los rasgos que definen claramente el clasicismo. Los mismos matices caben en relación con el carácter de las campañas de Alejandro como final del clasicismo o inicio del helenismo. Dado su carácter convencional es obvio que toda periodización es posible, pero tal vez fuera provechoso para un lector escolar explicar por qué se elige una entre las posibles.

En Historia, cada autor representa una visión distinta de los hechos y una obra de tres autores conduce inevitablemente a la aparición de puntos de vista diferentes, lo que contribuye a dar a ese lector en formación una nueva idea de lo que realmente es la Historia, como objeto permanentemente sujeto a interpretación y a enfoques variados. La lectura suscita pues de nuevo el debate acerca de si un manual de Historia de Grecia es más formativo cuando ofrece una visión unitaria o cuando al mismo tiempo permite comprender la heterogeneidad de las tendencias historiográficas actuales. Así, desde luego, resulta más ilustrativo incluso en lo que se refiere al descubrimiento de la realidad historiográfica actual.

D. PLÁCIDO.

ALDRETE, GREGORY S.: *Gestures and Acclamations in Ancient Rome*. Baltimore, John Hopkins Univ. Press, 1999. 227 pp. + 33 figs.

Este libro tiene dos partes claramente diferenciadas: la primera, integrada por los tres primeros capítulos, se dedica al estudio de la gestualidad que formaba parte de la retórica romana, cuya descripción y formulación detallada se encuentra principalmente descrita de modo minucioso por Quintiliano (*Inst.* XI 3.68-149) y de forma menos sistemática en numerosas referencias de Cicerón y otros autores. G. S. Aldrete comenta estos textos haciendo de ellos una paráfrasis y los complementa con eficaces ilustraciones y con referencias iconográficas desde el período tardo-republicano hasta el siglo II d.C. incluyendo relieves, monedas, estatuas. La segunda parte, que incluye los capítulos cuarto y quinto, estudia las *acclamations* que en distintos contextos y circunstancias pronunciaban distintos grupos sociales en Roma con ocasión del *adventus*, de los juegos circenses o de múltiples oportuni-

dades, dedicadas a gobernantes, políticos, oradores, tanto en un sentido positivo, de asentimiento o de felicitación y buenos deseos, como negativo, imprecando, solicitando, protestando. Para ello el a. recurre igualmente a la dispersa documentación literaria existente sobre el tema así como a algunas inscripciones a incluso representaciones iconográficas. El resultado es un libro que en palabras del a. es «un estudio de comunicación, de cómo los oradores romanos se comunicaban con sus audiencias y cómo, a su vez, estas eran capaces de responder y mostrar sus reacciones hacia los oradores» (p. XVII). Por tanto, declara el a. que se trata de un estudio sobre la comunicación no verbal (los gestos que minuciosamente y reglamentadamente debían seguir los oradores en sus discursos) y sobre comunicación verbal, la utilizada por las diferentes audiencias como respuesta (v. tb. p. XVII). Esta primera y esencial distinción en el libro que comentamos me parece muy frágil, débil y artificial porque las *acclamations*, en la mayoría de los casos, en el mundo romano, no eran respuestas, sino expresiones espontáneas de acuerdo o desacuerdo, principalmente con la autoridad política, esto es, con el Emperador en sus apariciones públicas. Esta artificialidad entre las dos partes del libro condicionan su unidad y desarrollo, de modo que la primera parte es y tiene una estructura coherente y cerrada en sí misma (el estudio de la gestualidad en la oratoria romana), mientras que la segunda desarrolla un tema que, aun estando ciertamente relacionado con la comunicación, es diferente y diverso del argumento tratado en los tres primeros capítulos y, en cierto modo, rigurosamente, que no tiene nada que ver con el primero.

La primera parte aborda problemas interesantes y originales y poco tratados por los clásicos manuales o estudios sobre la retórica romana, como son los diferentes tipos de gestos que debían hacer los oradores para enfatizar sus palabras y discursos (p. 3-43). El problema está en saber si las reglas que establece Quintiliano – que escribe a fines del siglo I d.C. – no son otra cosa que aspiraciones propias de un manual que nunca se llevaron a la práctica de forma completa. Quintiliano representaría la teoría paradigmática y modélica, pero quizás no podemos dar por hecho que sus reglas se llevaron a cabo todas y cada una de ellas, tal y como da por supuesto G. Aldrete. Falta en el libro, o se echa de menos, una valoración o evaluación de la documentación que se utiliza, tanto de Quintiliano como de Cicerón mismo. Conviene recordar a este propósito que muchos de los discursos de este son elaboraciones literarias en ocasiones nunca pronunciadas. Al margen de estas consideraciones, el a. aborda temas de interés que, por otro lado, han sido puestos de relieve recientemente, por ejemplo, por F. Millar (*The Crowd in Rome in the Late Republic*, Univ. Michigan Press, 1998 y cf. ahora también J. Arce, *Memoria de los antepasados*, Madrid, Electa, 2000, p. 72 ss.), como es el problema de cómo era posible hacerse oír en un espacio abierto como el Foro romano, de más de 100 mts. de extensión, delante de una audiencia nutrida y heterogénea. El a. trata el tema de forma original (p. 80 ss) haciendo referencias oportunas a los modernos medios de comunicación y llega a la conclusión de que quizás el público de las *contiones* no era por fuerza tan numeroso como para hacer imposible la audición (y visión) del orador.

En muchas ocasiones los oradores hacían referencias a monumentos cercanos a ellos durante su discurso o que formaban parte del escenario del mismo (estatuas, templos etc.) y el a. hace abundante uso de la documentación arqueológica a este propósito, aunque a veces de forma imprecisa (por ejemplo en p. 23 se habla de la "victoria naval de Maenius sobre los

Antiates" aunque, de hecho, no fue una victoria naval: cf. Liv. VIII 13.5 y 14.9 ss). En general el a. en la discusión arqueológica es muy general y no entra casi nunca en los debates actuales ni en las nuevas propuestas o discusiones (ninguna referencia al *Lexikon Topographicum Urbis Romae* (ed. M. Steinby) o artículos o trabajos como los de Tonio Holscher, *Monumenti statali e pubblico*, Roma, 1996, entre otros muchos). Un ejemplo de esta falta de profundización en el debate arqueológico es su interpretación del relieve del Arco di Portogallo (hoy conservado en los Museos Capitolinos) que representa al Emperador Adriano hablando delante de tres personajes y flanqueado por otros dos (p. 95; este relieve constituye, por otro lado, la ilustración de la cubierta del libro, pero su reproducción es sencillamente inaceptable por su falta de nitidez que lo convierte casi en una mancha negra). Aunque el a. conoce el excelente y polémico (y también novedoso) artículo de Eugenio La Rocca sobre el mismo (*Rilievi Storici Capitolini*, Roma, 1986, p. 24 ss. ) a través de la referencia de E.E. Kleiner, *Roman Sculpture*, Yale, 1992, pp. 253-255) y que cita en n. 25 de p. 186, no tiene en consideración que el relieve formaba parte de un conjunto que decoraba el arco, en el que se hallaba, también, otro que representaba la "Apoteosis de Sabina", igualmente conservado en los Museos Capitolinos. Este hecho hace que la lectura de ambos sea indisoluble, representando uno a Adriano como *iurator* de la elevación a los cielos de Sabina y el otro, la *laudatio funebris* pronunciada por el Emperador en recuerdo y memoria de su esposa ante los miembros de la familia imperial que se asociaban en ese momento a la sucesión al trono (sobre el tema ver ahora, Javier Arce, *Memoria de los antepasados*, cit. pp. 147-155 ). Por ello es una solución demasiado simple decir que el relieve «is an allegorical depiction of the emperor addressing the people somewhere in the Forum» (p. 186). Habiendo mencionado la *laudatio funebris* resulta sorprendente que el a. no la mencione, a pesar de que constituyó una de las costumbres más significativas y emblemáticas del uso oratorio en la época republicana (especialmente durante el siglo I a.C.) (la *laudatio* estaba normalmente encargada a un orador no profesional, aunque a veces fueron pronunciadas por grandes oradores: sobre el tema, además de J. Arce, cit. supra cf. también H. I. Flower, *Ancestor Masks and Aristocratic Power in Roman Culture*, Oxford, 1996 y W. Kierdorf, *Laudatio Funebris*, Meisenheim am Glan, 1980).

La segunda parte dedicada a las *acclamations* es quizás menos novedosa porque recoge y comenta un material documental muy bien conocido sobre todo por las referencias literarias. Un hecho significativo, que el autor podía haber enfatizado y analizado más ampliamente, es que el fenómeno de las *acclamations* se documenta principalmente a partir del siglo II d.C. y su máximo período de expresión y uso será el siglo IV y la época tardía. De hecho, mucha de la documentación que el a. utiliza para ilustrar el fenómeno proviene de la *Historia Augusta*.

En resumen: *Gestures and Acclamations* es un libro atractivo por su tema, pero superficial por su tratamiento demasiado anecdótico y excesivamente repetitivo. Posee una extensa bibliografía, no sólo referida a la historia romana, sino también a tratados de semiótica y comunicación verbal o no verbal, pero no hace uso suficiente ni profundo de sus contenidos, sobretodo desde el punto de vista antropológico y sociológico. Aún así, ilustra aspectos del comportamiento de la sociedad romana que a veces suelen pasar inadvertidos

pero que son esenciales para la comprensión y entendimiento de sus formas de comunicación y vida política. La referencia al libro-tesis de J.V. Law, *The Acta Fratrum Arualia as a Source for Roman Imperial History*, Univ. of Minnesota, 1980, debe ser un error tipográfico en vez de *Acta Fratrum Arualium*.

JAVIER ARCE

BRANCATO, N. G.: *Nuclei familiari e variazioni gentilizie nell'antica Roma*. Roma, Ed. Artem, 1999, 148 pp.

El hallazgo casual de un epígrafe funerario inédito, en Roma, ha desembocado en esta monografía sobre la variedad de nombres dentro de una misma familia en la epigrafía de la *Vrbs*.

El libro tiene tres partes: edición del epígrafe (pp. 7-16), datos sobre la variedad onomástica (pp. 17-98) y conclusiones (pp. 99-136). Respecto a la presentación del nuevo epígrafe, el autor tantea las posibilidades de datación sin tener en cuenta la presencia de la fórmula *DM*, que lo sitúa en un momento no anterior al último tercio del siglo I. La onomástica del difunto – *Ti. Claudius Dydyms* (sic) –, probablemente un liberto imperial, parece corroborar estas fechas: la dedicatoria está puesta por el hijo. La duda sobre la interpretación como nominativo o dativo de la abreviatura *frat* en la penúltima línea es superflua: se trata naturalmente de un dativo.

Las características de la onomástica del epígrafe presentado han llevado al autor a un análisis, desmesurado para el caso, de los epígrafes sepulcrales procedentes de Roma en los que hay distintos gentilicios en una misma familia. El cuerpo del trabajo está constituido por una serie de datos, porcentajes y gráficos que los representan. Además de los volúmenes de *CIL VI*, se han despojado los de *L'Année Épigraphique* (1988-1994) y *CIL I<sup>2</sup>*. Este último repertorio, a todas luces fuera de lugar dado el contexto cronológico, arroja sin embargo un dato de cierto interés: no existe en la epigrafía de época republicana variedad de gentilicios entre personas emparentadas por línea paterna.

La parte dedicada a las conclusiones no ofrece grandes novedades: se constata que la existencia de distintos gentilicios dentro de la misma familia es menos frecuente en las clases sociales elevadas, mientras que el fenómeno tiene gran incidencia entre los libertos. Podría haber sido de más interés profundizar en el estudio sobre los casos en que los hijos llevan el gentilicio de la madre. La adición de capítulos sobre los *alumni* de una parte y la guardia pretoriana por otra, incluyendo en este último observaciones sobre las vestales, contribuyen a la impresión de estar ante una acumulación caótica de datos con ausencia de un verdadero estudio.

CARMEN CASTILLO

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.: *Mitos, dioses, héroes en el Mediterráneo antiguo*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1999. 378 pp.

Este trabajo reúne un buen número de estudios realizados por el prof. Blázquez acerca de diferentes aspectos de la religiosidad en la Antigüedad. Muchos de estos artículos habían sido publicados en distintos volúmenes y revistas nacionales y extranjeras de la última década de los noventa, siendo a veces de difícil consulta para alumnos e interesados en el tema, por lo que es de resaltar iniciativas como la planteada en este volumen.

Sobre el contenido hay que señalar la importante contribución del libro, que conjuga aspectos en ocasiones no suficientemente resaltados, como la conexión entre las culturas de los extremos del Mediterráneo antiguo.

Inciendiando en esta cuestión, los primeros trabajos versan sobre leyendas y mitos griegos originariamente documentados en el Mar Negro, la Cólquida y Tracia, que fueron trasladados e insertados en la tradición de Iberia.

Mención especial merece igualmente la serie de estudios dedicados a la influencia próximo-oriental y específicamente fenicia en Occidente a través de la selección de trabajos como “Sirios y arameos en la colonización fenicia de Occidente” (pp. 128-146), “Astarté, señora de los caballos en la Hispania prerromana” (pp. 175-199), “El legado fenicio en la formación de la religión ibera” (pp. 201-216), “El legado cartaginés en la Hispania Romana” (pp. 217-240) ó “El impacto de la religión semita, fenicios y cartagineses, en la religión ibera” (pp. 241-304).

Las últimas aportaciones sobre las religiones ibéricas, con particular dedicación a rituales funerarios, música y danzas, compone un tercer bloque temático que, no obstante, sigue el mismo criterio utilizado en los trabajos citados, el estudio de las fuentes literarias e iconográficas.

Estamos, pues, ante una obra que, al proceder de un gran especialista en religiones antiguas como el prof. Blázquez, presenta además el mérito de acercar a alumnos y estudiosos a una detallada bibliografía y un rico aparato crítico sobre el tema, favoreciendo su iniciación al conocimiento científico de la religiosidad en el mundo antiguo.

LUZ NEIRA JIMÉNEZ

#### V. VARIA

BRUNSCHWIG, JACQUES - LLOYD, GEOFFREY: *Diccionario Akal. El saber griego. Diccionario crítico*. Prefacio de Michel Serres. Madrid, Ediciones Akal, 2000, 781 pp.

Este libro es una traducción de *Le Savoir Grec. Dictionnaire critique*, editado por primera vez en 1996 por Jacques Brunschwig y Geoffrey Lloyd, profesores de Historia de la Filosofía en las Universidades de París y Cambridge, al frente de un numeroso grupo de colaboradores e investigadores. Lleva el subtítulo de «Diccionario Crítico» ya que pretende reflejar «la mirada de los modernos sobre el saber griego». Su objetivo principal es el de presentar un análisis descriptivo de los más importantes filósofos, historiadores y políticos, en definitiva, de los principales sabios de la Grecia clásica y helenística. Los autores de los distintos artículos

han tenido plena libertad de apreciación y juicio y han mantenido su propia comprensión de la vida intelectual del mundo griego antiguo. Su labor ha sido respetada en todo momento, si bien en ocasiones han tenido que adaptarse a unas normas generales comunes.

El libro está formado por cuatro grandes capítulos en los que son analizados muy diversos aspectos de la filosofía, la política y la ciencia griegas en multitud de ensayos a cargo de estudiosos americanos, británicos, italianos y franceses. En el cuarto y último capítulo («Figuras y corrientes de pensamiento») se perfilan los retratos intelectuales de las principales figuras y escuelas de pensamiento del mundo griego.

J. Brunshwig y G. Lloyd señalan en su introducción («Sobre nuestro suelo en un país lejano») que quieren abarcar en este libro «esta dimensión del saber griego que toma por objeto no solamente los saberes de primer grado, sino también la vida, el lenguaje, la producción, la acción», con el fin de llamar la atención y la reflexión del lector. Así por ejemplo, pretenden evocar «no la historia tal como la hicieron y la sufrieron (los griegos), sino los relatos que nos dieron sobre ella, no ... su poesía sino su poética, no ... su música sino su armonía, no sus discursos sino su retórica».

Tras la extensa introducción encontramos una tabla cronológica con la datación de determinadas referencias históricas, culturales y científicas y dos mapas del mundo griego de época clásica y helenística. Una treintena de láminas ilustran también los múltiples aspectos de la historia política, intelectual y científica de la Grecia Antigua.

El primer capítulo (pp. 33-119), titulado «Emergencia de la filosofía», está formado por seis artículos escritos por M. Frede («Figuras del filósofo»), G. Lloyd («Imágenes y modelos del mundo»), L. Brisson («Mito y saber»), J. Dillon («El ser y las regiones del ser»), J. Brunshwig («El conocimiento») y M. Canto-Sperber («Ética»). El final de cada artículo incluye una «Orientación bibliográfica» relativamente extensa y de útil consulta. Estas bibliografías junto a una serie de remisiones internas se reencuentran en todos los capítulos y en cada uno de los ensayos.

El segundo capítulo (pp. 123-167) lleva por título «La política». Lo componen cuatro artículos de R. Bodéüs («Figuras del político»), C. Mossé («Invención de la política»), P. Cartledge («La utopía y crítica de la política») y M. Schofield («El sabio y la político en la época helenística»).

El capítulo tercero (pp. 171-408), que recibe el título de «La investigación y los saberes», se encuentra dividido en dos partes. La primera (pp. 171-221) trata de los lugares y las escuelas del saber (C. Natali), y de la observación e investigación así como de la demostración y la idea de ciencia (G. Lloyd). La segunda parte de este capítulo (pp. 222-408) nos ofrece una serie de artículos sobre las diferentes ramas del saber, presentadas en orden alfabético. Así por ejemplo, encontramos secciones dedicadas a la astronomía, la física, la lógica, la retórica, la religión, etc.

Por último, el cuarto capítulo (pp. 411-757) es el que se acerca más a un diccionario. En éste se estudian figuras de filósofos y sabios (Anaxágoras, Epicuro, Plotino, Tolomeo, etc.) así como las principales escuelas y corrientes de pensamiento (Academia, estoicismo, pitagorismo, sofística, etc.) en orden alfabético y con un criterio selectivo. Pero esto no puede

ser objeto de crítica porque ya en la introducción los editores ponen de relieve el carácter selectivo de la obra. Por otra parte, los índices finales (de nombres y temas) permiten al lector interesado en un punto concreto una búsqueda rápida y eficaz. Por tanto, esta obra monumental se convierte en un magnífico instrumento de trabajo y de consulta. En sus casi ochocientas páginas encontramos, sin duda, lo más importante y característico del tema tratado.

MÓNICA ELÍAS PÉREZ

## VI. BREVES

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.: *Los pueblos de España y el Mediterráneo en la Antigüedad. Estudios de arqueología, Historia y Arte*. Madrid, Cátedra, 2000, 727 pp.

Este volumen es fruto de una detallada labor de compendio, que ofrece a todos aquéllos lectores e interesados en el estudio de los pueblos de España en la Antigüedad y sus relaciones con otras poblaciones del Mediterráneo un panorama actualizado de las investigaciones realizadas por el prof. Blázquez.

El trabajo consta de cinco partes. La primera se compone de varios estudios sobre la influencia de los colonizadores en obras de arte de la Península Ibérica, la segunda aspectos relacionados con Cástulo (Linares, Jaén), la tercera diversas cuestiones que abarcan desde la época helenística a las repercusiones del gobierno de Nerón en Hispania, la cuarta las últimas investigaciones sobre diversos aspectos de la Hispania Romana y la quinta las más recientes contribuciones del prof. Blázquez acerca del estudio de la musivaria romana, tratando desde el diverso repertorio figurado, las relaciones con otras zonas del Imperio y las consideraciones históricas y especialmente socioeconómicas, que se pueden extraer de un arte como el de la musivaria romana.

En suma, un extenso volumen que, conjugando una detallada y reciente bibliografía así como un amplio aparato crítico, ofrece al estudioso las últimas investigaciones del Prof. Blázquez acerca de los pueblos de la España Antigua en el contexto del Mediterráneo.

LUZ NEIRA JIMÉNEZ